

Mujeres en el arte

entre la virtud y el pecado

Mitos, leyendas y tradiciones religiosas han otorgado a lo femenino la contradictoria dualidad de ser elemento vital imprescindible e inductor del pecado y la perdición ineludible. El culto a la Diosa Madre, símbolo de la fertilidad, anclado en las primeras creencias de las sociedades humanas, dio lugar a las primeras manifestaciones escultóricas. Las primeras mitologías históricas consagraron los antiguos cultos femeninos por ejemplo bajo la forma de Innana, señora de Uruk, pero contrapusieron a su condición benéfica un lado oscuro, asociado a la muerte y el pecado, en la forma de su hermana Ereskigal. La misma contradicción expresada entre Gea y Pandora en los mitos clásicos, o la de María de Nazaret y Eva en la tradición judeocristiana. Herederas de esta dualidad ancestral, como la diosa Venus, vieron dividirse su propia naturaleza en dos: la Venus Urania, celestial y positiva, y la Venus terrestre, arrebatada por los sentidos y la sensualidad. ¿En que modo era aceptable que lo femenino se cargara de esta dualidad a costa de su propia naturaleza?. ¿Cómo la capacidad generadora de vida de la mujer podía ser a la vez inductora de la perdición del hombre?. Sólo el progreso social y cultural supo aunar esta dualidad en una sola condición sin cargas beatíficas o pecaminosas, y el arte ha sido, a lo largo de ese proceso, un testimonio elocuente del reposicionamiento de lo femenino en Occidente con sus luces y sus sombras.

